

Los desfiles deportivos en la Ciudad de México: Una escenificación de liderazgo regional, 1929-1938

ANA LAURA DE LA TORRE SAAVEDRA
Academia Olímpica Mexicana

Resumen

Este artículo analiza el origen de los desfiles deportivos con los que, durante más de siete décadas, se celebró el inicio de la Revolución Mexicana. Se examinan los distintos antecedentes que posibilitaron la consolidación de esta celebración y que se pueden rastrear en la tradición deportiva hispana, las fiestas cívicas decimonónicas, así como en la cultura física moderna popularizada desde finales del siglo XIX en el mundo. Asimismo, se examinan los factores y fines locales que permitieron el afianzamiento de estos desfiles y los actores que se erigieron como artífices de un evento que logró proyectar la imagen de México como un país sólido capaz de erigirse en líder regional de cultura física.

Palabras clave: Deportes; Nacionalismo; Desfiles; Gimnasia de masas; Revolución Mexicana

Abstract

This article analyzes the origin of the sports parades that were held for more than seven decades to celebrate the beginning of the Mexican Revolution. The different antecedents leading to the consolidation of this celebration and that can be traced in the Hispanic sports tradition, nineteenth-century civic parties, as well as in the modern physical culture popularized since the end of the nineteenth century in the world are examined. Likewise, the local factors that allowed its strengthening and the actors that were erected as architects of an event that managed to project the image of Mexico as a solid country capable of becoming the regional leader of physical culture are explored.

Keywords: Sport; Nationalism; Parades; Gymnastics; Mexican Revolution

analauratorre@hotmail.com

Un desfile con ambiciones apoteósicas

Con el desfile deportivo del 20 de noviembre de 1930, la Ciudad de México confirmó su posición como el centro deportivo del país y, al mismo tiempo, los dirigentes políticos y militares aspiraron a convertirse en líderes internacionales de los grandes desfiles de cultura física. Se festejaban los veinte años del inicio de la gesta armada que terminó con la dictadura de Porfirio Díaz y el movimiento ya se conocía en las más diversas latitudes como la Revolución Mexicana.¹ El periodismo cinematográfico estadounidense había ayudado a expandir la imagen del México revolucionario a través de la promoción de la figura de Pancho Villa; un líder que de manera natural caracoleaba su caballo y cabalgaba frente a las cámaras y también organizaba ataques a luz del día para que fuesen filmados, pero que después fue repudiado por esos mismos noticieros como un bandolero. Héroe y villano a la vez, Villa simbolizó en el exterior la figura del revolucionario mexicano.² Desde la década de 1920, tras el fin del período más cruento de la lucha armada, la nueva élite en el poder buscó ofrecer otras imágenes de aquellos hombres que habían luchado por derrocar a Díaz. Los magnos festejos de cultura física fueron quizá una de las escenificaciones más acabadas y con mayor fuerza expresiva que se usaron para exhibir al nuevo hombre nacido de la revolución: moderno y a la vez orgulloso de sus tradiciones. Sin modestia alguna, aquel 20 de noviembre de 1930, un año después de haber tenido lugar la celebración del primer desfile deportivo en la capital, la prensa afirmó que esta vez el evento revestiría mayor relevancia aún “que los más importantes que hayan tenido lugar en las Olimpiadas o en actos de otra naturaleza, en materia de deportes.”³

El desfile serviría para inaugurar los primeros Juegos Deportivos de la Revolución. El plan original era que la marcha de deportistas se realizaría por la mañana y culminaría en el Estadio Nacional, un escenario con capacidad para 60,000 espectadores, donde el presidente Pascual Ortiz Rubio (1930-1932) tomaría juramento a los deportistas. Pero en la víspera del evento se decidió que el festejo tuviera lugar en la tarde y que los participantes desfilaran por las principales calles del centro capitalino hasta reunirse en el Palacio Nacional.⁴

Esta breve relación del desfile deportivo de 1930 sirve de punto de partida para examinar los cambios y permanencias de los festivales de cultura física que surgieron desde principios del siglo XX en la capital de México y que poco a poco se expandieron por todo el país y se afianzaron durante los años treinta. El objetivo de este artículo es analizar los elementos, personajes y discursos que dieron forma en ese decenio a un evento que se celebró de manera ininterrumpida durante más de siete décadas bajo la batuta del partido gobernante surgido en 1929, el Partido Nacional Revolucionario (PNR).⁵ La

idea que guía el análisis es que el desfile deportivo permitió a México mostrarse como líder regional en cultura física aun cuando sus atletas no fuesen competitivos en el ámbito global. La paradoja radica en que, si bien este evento masivo permitió escenificar la fortaleza del régimen político en el ámbito local y en la región latinoamericana, también evidenció las contradicciones del desfile, en particular, al privilegiar el espectáculo sobre la verdadera eficiencia deportiva en la competencia. Un objetivo que sí era perseguido en los años treinta por los países que usaron la cultura física como indicador de su solidez política, como Alemania o Italia.

En efecto, se debe destacar que el desfile del 20 de noviembre está enmarcado en un contexto más amplio: el período de entre guerras. Etapa en la que el protagonismo de las masas en movimiento fue parte esencial de la cultura política y de la cultura física, pues estaban en juego visiones competidoras del mundo.⁶ Entonces, se llevaron a cabo intensos esfuerzos desde los gobiernos nacionales por promover identidades que dotaran de orden y unieran a sociedades complejas, y los festivales y competencias deportivas fueron una herramienta muy utilizada para tal fin. Los casos y las geografías son diversas y quizá los más admirados entre las élites mexicanas en los años treinta fueron el de Alemania y el de la Rusia soviética, países donde la gimnasia de masas tuvo un relevante arraigo y donde se escenificaron grandes festivales deportivos que buscaban exhibir la superioridad de sus respectivos modelos políticos. Asimismo, es bastante probable que tuvieran en la mira el paradigma italiano, el cual fue pionero en instrumentalizar la cultura física a los intereses del partido fascista y su líder.⁷ Sin embargo, tales influencias no fueron únicas ni determinantes. Ni se puede afirmar que se buscara emularlos; más bien se retomaron algunos aspectos con base en preocupaciones y circunstancias específicas. En el ámbito local, la preocupación política era acabar con la lucha de facciones y el deporte se vio como un vehículo para promover la armonía entre sectores; en lo educativo y social, la meta era transformar, a través de la cultura física, a un pueblo que solía caracterizarse como triste y pusilánime; en lo regional, exhibir un liderazgo deportivo producto de la nueva era revolucionaria.

Por otra parte, había también un relevante ascendiente en la cultura deportiva de Estados Unidos, donde la cultura juvenil universitaria tenía un vistoso perfil deportivo, incluidos desfiles y festividades. Mas, los mexicanos nunca aspiraron a convertirse en una república deportiva, como se veían a sí mismos sus vecinos del norte, ni los líderes políticos mexicanos ubicaron a los estudiantes como los únicos protagonistas del universo deportivo.⁸ Así, lo que prevaleció en México fue un eclecticismo con fuertes toques de tradicionalismo; éste apelaba a las culturas originarias y comunidades rurales que se modernizaban en movimiento, al tiempo que mostraban sus peculiaridades al mundo. Pero también anhelaba

presentarse como modelo de una región que compartía rasgos culturales, América Latina. Además, fue común que los discursos del 20 de noviembre variaran y presentaran matices con el cambio de las administraciones aun cuando salieran del mismo partido. El caso del desfile deportivo mexicano resultó un ejercicio más festivo que muscular y, hasta cierto punto, con menor carga dogmática que la que mostraron los modelos europeos. Su relevancia radica en que es el que mayor duración tuvo en siglo XX, es el ejemplo más acabado en América Latina, y surgió en un país que recién había salido de una revolución social y política que requería forjar una nueva identidad nacional en un contexto internacional de enormes tensiones. En el nacionalismo se encontró una herramienta eficaz para detener las ambiciones de las potencias de la época, como sostiene Carmagnani, y la cultura física fue un instrumento ideal para promover tales sentimientos nacionalistas.⁹

Un evento con raíces en el pasado reciente

El desfile deportivo del 20 de noviembre pasó por varias transformaciones antes de conformarse como un evento masivo escenificado en la gran plaza del Zócalo capitalino.¹⁰ Comenzó en 1929 como una combinación de festejo militar, evento escolar de fin de ciclo y conmemoración de fiestas patrias. Sus antecedentes inmediatos se pueden trazar a principios del siglo XX, período en el que la cultura física se sumó paulatinamente a los festejos de la independencia en septiembre, a las celebraciones del 5 de mayo y a los festivales estudiantiles y militares de la capital. Ello era parte de una tendencia internacional en la que se utilizaba a los cuerpos en movimiento para afianzar sentimientos nacionalistas, ya fuese desde las prácticas deportivas, la gimnasia de masas o tradiciones folclóricas locales. Asimismo, las actividades físicas se habían convertido en herramientas para mejorar la preparación de los miembros del Ejército y proveer una formación integral a niños y jóvenes como parte del currículum escolar.¹¹ En ese marco, si bien la celebración expresaba un discurso centrado en la redención social y buscó exhibir dimensiones inusitadas en México, no fue un festejo del todo novedoso, cuyo origen estuviera exclusivamente en la posrevolución como generalmente ha destacado la historiografía.¹²

Durante la primera década del siglo, tanto la celebración de competencias deportivas como las exhibiciones de gimnasia sueca y alemana pasaron a formar parte de los festejos que organizaban los militares, las autoridades escolares e incluso órdenes religiosas que dirigían escuelas privadas en la Ciudad de México. Era común que todos ellos utilizaran el término de Juegos Olímpicos para nombrar a estos eventos y eventualmente dejaron de celebrarlos tras los

muros de sus edificios y los llevaron a cabo en espacios públicos a la vista de un mayor número de espectadores. Así, las actividades deportivas y gimnásticas empezaron a ser consideradas acontecimientos dignos de ser reportados en la prensa, sobre todo en la medida que sumaban la participación de autoridades o figuras relevantes de la sociedad capitalina o se les ligaba a celebraciones nacionalistas. Por ejemplo, la creación de la Escuela Magistral de Esgrima (1907) dentro del Ejército generó grandes expectativas al nombrar director al campeón mundial de florete, el francés Lucien Merignac, y al adquirir sus egresados notoriedad ya fuese como profesores de educación física en las escuelas de la ciudad o como protagonistas de los festejos deportivos más relevantes del período. Lo más común fue que se considerara a la gimnasia sueca como la más apta para los niños y jóvenes, mientras que la alemana fuera la preferida entre los miembros del ejército.¹³

Las fiestas del Centenario de la Independencia en 1910 incluyeron actividades de cultura física, así como la inauguración del centro deportivo más moderno del país perteneciente a la Asociación Cristiana de Jóvenes (YMCA) donde Porfirio Díaz –con 80 años a cuestas– fue presentado y descrito como un gran deportista. Tras el inicio de la gesta revolucionaria, la organización de actividades deportivas y gimnásticas en el marco de las fiestas patrias septembrinas continuó vigente tanto en la capital del país como en otros estados. En la Ciudad de México ya se había consolidado el hecho de que tuvieran lugar en espacios públicos como el Hipódromo de la Condesa que sirvió de escenario de cultura física moderna al final del porfiriato. Los primeros gobiernos nacidos de la gesta armada recurrieron a competencias deportivas y gimnásticas con fines celebratorios mientras que nuevos actores políticos, en particular los miembros del Partido Católico, crearon un ala deportiva para la organización bajo la batuta de la Compañía de Jesús. En ese sentido, fueron pioneros en México en integrar la cultura física a un partido político.¹⁴

Asimismo, el gobierno antirrevolucionario de Victoriano Huerta buscó afianzar su poder con unos Juegos Olímpicos interescolares en los que participaron miles de estudiantes y también miembros del Ejército. Huerta había dado un golpe de Estado que terminó en febrero de 1913 con la vida del presidente Francisco I. Madero y el evento deportivo fue organizado en octubre en circunstancias por demás adversas: el régimen había disuelto el Congreso recientemente y enfrentaba a distintas facciones revolucionarias por todo el país. Era evidente que Huerta, el militar y ahora presidente, estaba consciente que la cultura física se había anclado en la vida cotidiana de la capital y era un mecanismo efectivo para generar lazos entre las autoridades y la sociedad. Así, no es casual que permitiera y encabezara la organización de un evento de esta naturaleza en medio del caos.¹⁵

Sin embargo, es innegable que la irrupción de la Revolución añadió a estos festivales de cultura física tanto actividades folclóricas locales como un discurso de renovación nacional y redención social. Así al deportivismo y a la gimnasia de masas se sumaron números de baile llenos de colorido y vestimentas tradicionales que poco a poco dieron vida a espectáculos nacionalistas con tono revolucionario que también crecieron en participantes y espectadores. De ahí que en la década de 1920 se viera como natural entre las autoridades educativas la creación de un gran estadio que sirviera de escenario para tales actividades y fuese un ejemplo para toda la nación. Éste, bautizado como Estadio Nacional, se edificó como un logro revolucionario y fue durante ese decenio el espacio por excelencia para mostrar a los cuerpos de la juventud que se transformaban gracias al nuevo régimen.¹⁶ La construcción de este lugar permitió, además, que México se pudiera ofrecer como sede de los Juegos Centroamericanos (1926) que, por otro lado, fueron las primeras justas regionales avaladas por el Comité Olímpico Internacional (COI).¹⁷ Si bien es cierto que la primera edición de estas competencias fue modesta al participar solo tres países (México, Guatemala y Cuba), lo cierto es que ayudaron a forjar la reputación del país como un buen organizador de grandes eventos deportivos. Estas competencias incluyeron como números inaugurales grandes exhibiciones de cultura física protagonizadas por miles de niños y jóvenes.

El legado hispánico y liberal decimonónico

Ahora bien, aun cuando la politización de las actividades físicas fue notoria en Europa desde el siglo XIX con los grupos de gimnastas germanos, daneses y checoslovacos, y es innegable que tales influencias estaban presentes en México, también es posible trazar las raíces del desfile deportivo del 20 de noviembre escenificado en el Zócalo capitalino desde 1930 en ciertas costumbres de la América hispánica mucho más antiguas. En particular, porque en México no había un interés específico en conformar movimientos juveniles centrados en actividades gimnásticas ni existían ideas esencialistas de una raza mexicana, como el caso del *Turnen* alemán.¹⁸ Tampoco se exaltaba un discurso de competitividad deportiva y de búsqueda de récords al estilo anglosajón. Ni existía un objetivo a corto plazo de convertirse en líder deportivo global, pues se admitía que México era un recién llegado a los deportes. Lo que perseguían las autoridades posrevolucionarias era la creación de un espectáculo nacionalista en el que los participantes se visualizaran como protagonistas de una nueva era, resultado de una revolución, y en el que se le rendía tributo tanto al presidente como al Partido Nacional Revolucionario. Es decir, estaba más anclado en el

rito que en las marcas deportivas. Ello fue sin duda una paradoja, pero que ayudó a dotarlo de singularidad.

Hasta bien entrado el siglo XIX México pertenecía culturalmente a una tradición deportiva española centrada en las corridas de toros y en el juego de pelota vasca, prácticas tradicionales que también contenían buena parte de las características de las disciplinas deportivas modernas (reglas, espacios definidos, espectadores, etc.) y que pervivieron y se adaptaron en el marco de la expansión y afición a la nueva cultura física.¹⁹ En particular, las corridas de toros habían servido como un ritual para ensalzar al poder político e incluso religioso del país. En este sentido, merece la pena recordar que el 13 de agosto de 1529 los españoles festejaron con una corrida de toros su victoria sobre los mexicas y el inicio de su dominio. Desde el siglo XI en España, las corridas de toros se organizaban para conmemorar los grandes acontecimientos y esa tradición se importó a gran parte de los dominios españoles en América. En la Nueva España sirvieron para celebrar a los virreyes que entraban en la Ciudad de México e iniciaban su mandato. Si bien a finales del siglo XVIII las corridas ya habían perdido en buena medida esa significación del dominio y eran un espectáculo popular criticado por las voces ilustradas, gozaron de la aceptación de buena parte de la población tras la independencia, y tanto las figuras políticas como religiosas dieron su respaldo a la llamada fiesta brava.²⁰ En efecto, a pesar de sus detractores, hasta bien entrado el siglo XX el tema taurino ocupó un espacio relevante en la prensa deportiva y las plazas donde tenían lugar las corridas de toros fueron espacios donde se daban cita las élites sociales y políticas de la capital, así como el pueblo. Asimismo, tanto en la Ciudad de México como en distintos estados, las plazas de toros fueron utilizadas para llevar a cabo festivales deportivos. Si bien los desfiles del 20 de noviembre no incluían a toreros, es palpable la herencia que dejaron las corridas de toros como espectáculo con tintes políticos. En esencia ambos eventos exaltaban las habilidades físicas de sus protagonistas para celebrar a quienes gozaban del poder.

Por otro lado, se debe resaltar que fue común, tanto durante el virreinato como en el México independiente, que las plazas centrales de las localidades fueran utilizadas como escenarios de las corridas de toros. Como sostiene un estudio sobre el tema, las plazas mayores eran el espacio urbano que servía para todo y era de todos: “se montaban grandes tinglados para celebrar coronaciones en España, para recibir a virreyes, obispos y arzobispos, para festejar nombramientos importantes o a los santos patronos. En la plaza corrían toros, se gritaban los pregones, se anunciaban los bandos y se manifestaban las contriciones devotas al paso del viático o durante las procesiones de las fiestas de guardar.”²¹ La Plaza Mayor la Ciudad de México era sin duda la más famosa de

todo el territorio novohispano, pues ahí residían los grandes poderes políticos, judiciales, administrativos, económicos y religiosos.

En el siglo XIX, la modernidad también ubicó a la Plaza Mayor como un espacio ligado al triunfo del liberalismo sobre el conservadurismo y donde se evidenciaron los cambios urbanos, políticos y sociales, incluida la paulatina secularización de la sociedad. Según advierten varios estudios, a mediados de la centuria el centro de la capital tenía un perfil más bien conventual que los liberales buscaron transformar. En particular, el presidente Benito Juárez criticó el que la Iglesia acaparara buena parte del espacio urbano de la Ciudad de México. Gracias a la nacionalización de los bienes eclesiales fue posible darle un rostro secular a la urbe, con la apertura de comercios, teatros, imprentas y gran variedad de negocios. El Zócalo también sirvió como escenario del triunfo liberal pues fue ahí donde Porfirio Díaz le había entregado al presidente Juárez la bandera de la república, luego de haber derrocado al emperador invasor Maximiliano de Habsburgo. El acto acaecido el 15 de julio de 1867 dotó ese espacio de un poderoso y renovado simbolismo nacionalista.²² Tal herencia de lucha por los intereses legítimos de la nación fue la que también reclamaría como suya la élite posrevolucionaria durante buena parte del siglo XX. Los desfiles deportivos del 20 de noviembre fueron una manera de apropiarse del Zócalo y exhibir la fortaleza del régimen y la nación.

Por otro lado, las celebraciones de cultura física tienen como antecedente las fiestas cívicas organizadas luego de la consumación de la independencia en 1821, con el fin de crear un lazo entre las nuevas autoridades y la sociedad e inculcar sentimientos nacionalistas. En tales fiestas se patentó una idea del porvenir y eran una ocasión para “rendir cuentas de las metas alcanzadas y de las perspectivas futuras.”²³ Así como las nuevas élites nacionales decimonónicas debían exaltar sentimientos de orgullo local, los líderes posrevolucionarios debieron dar vida a un nacionalismo anclado en los recientes acontecimientos emanados de la lucha armada. Una tarea nada fácil si se toma en cuenta que la Revolución Mexicana no fue un movimiento homogéneo, sino que fue una compleja movilización de masas que incluyó diversas visiones de cambio y, por tanto, implicó una lucha de facciones tanto locales como regionales en la que los contendientes buscaron el establecimiento de un nuevo orden social o bien el poder político. Tales elementos coadyuvaron al desmoronamiento del Estado luego del derrocamiento de Porfirio Díaz.²⁴ Sin embargo, se tiende a pasar por alto que desde la primera década del siglo XX los festejos de la independencia empezaron a incluir a la cultura física, aun cuando su visibilidad creciera durante la posrevolución en los años veinte y su uso como herramienta de propaganda se consolidara en el decenio de 1930 cuando se juzgó que era

un espectáculo ideal para gestar sentimientos afines al régimen revolucionario y alentar la esperanza en el futuro.

En resumen, el desfile del 20 de noviembre era un mosaico de novedades y también de tradiciones de reciente creación y de largo aliento que quedó congelado en las imágenes de jóvenes que marchaban y exaltaban sus cuerpos en movimiento por las calles principales de la Ciudad de México, mientras que el mandatario en turno los esperaba en el balcón del Palacio Nacional desde donde miraba el Zócalo y les tomaba juramento por el bien del deporte y de la nación.

El arranque: los actores y sus desavenencias

En 1930 la cultura física se había convertido en un notorio espectáculo desde el cual las naciones mostraban su fortaleza y liderazgo. Tanto las expresiones de deportivismo como la gimnasia de masas y las actividades folclóricas formaban parte de aquellos elementos a través de los cuales se exhibían visiones del mundo competitivas.²⁵ Los Juegos Olímpicos impulsados por Pierre de Coubertin habían logrado sobrevivir a una Guerra Mundial y, con ello, el liderazgo del Comité Olímpico Internacional (COI) como propulsor del Olimpismo y organizador de las justas deportivas se había afianzado. En los años veinte, este comité sumó a buena parte de los países latinoamericanos al movimiento que lideraba;²⁶ como ya se mencionó, había dado vida a unos Juegos Centroamericanos que reproducían en escala regional las competencias cuadriennales olímpicas. La participación de mexicanos en este universo competitivo internacional favoreció la institucionalización de las actividades deportivas, impulsó la cobertura mediática y motivó a la clase política a darle mayor relevancia al deporte pues advirtieron el gran valor propagandístico que tenía.

En general se tiende a resaltar la figura del creador de la Secretaría de Educación Pública (SEP), José Vasconcelos, como un impulsor del nacionalismo revolucionario deportivo. Sin embargo, este intelectual si bien apoyó la creación del Estadio Nacional y si bien durante su mandato se organizaron grandes festivales de cultura física, lo cierto es que no era de ninguna manera un amante de los deportes. Todo lo contrario. Sus aspiraciones eran culturales y su antiyanquismo lo hacía aborrecer aún más las expresiones deportivas. Entonces, las actividades atléticas tenían a la YMCA, de gran arraigo en los Estados Unidos, como una organización protagónica cuyo liderazgo en cultura física era notorio desde que abrió sus puertas en la capital en 1902.²⁷ De cualquier manera, dejó operar a un grupo de entusiastas deportistas para que desde la SEP impulsaran actividades físicas y grandes celebraciones donde se expresaron indudablemente sentimientos nacionalistas revolucionarios desde los cuerpos en movimiento.

Su gran mérito, sin duda, fue haber aspirado a crear una cultura física nacional alejada de influencias extranjeras; anhelo que no logró.²⁸ Cuando comenzaron los festejos deportivos del 20 de noviembre en 1929, Vasconcelos se había lanzado como candidato a la presidencia en las elecciones extraordinarias de ese año y su derrota, además de las denuncias de fraude y su llamado a la insurrección lo ubicaron como un enemigo de la Revolución.

Sin subestimar la obra vasconcelista, es innegable que correspondió a otros actores otorgarle mayor relevancia a la cultura física entre los estudiantes y sentar las bases para que ésta pudiera surgir como una actividad que “naturalmente” estaba ligada a los festejos revolucionarios del 20 de noviembre. Ellos fueron Mosiés Sáenz, subsecretario de Educación Pública, y Alfonso Pruneda, rector de la Universidad Nacional, ambos simpatizantes y miembros de la YMCA. De 1924 a 1928, durante el gobierno del presidente Plutarco Elías Calles, impulsaron una cultura física inspirada en el cristianismo muscular y ayudaron a expandir la noción de organizar festivales que incluyeran competencias de atletismo, básquetbol y volibol en zonas rurales alejadas, en escuelas de todo el país y entre los universitarios capitalinos. Si bien en ese período el secretario de Educación Pública era el doctor José Manuel Puig Casauranc, es reconocido que Sáenz operaba como si él fuese el máximo funcionario de la dependencia. Su relevancia permitió, incluso, que el COI apoyara su nombramiento como miembro de la institución (1927-1932) y presidente del Comité Olímpico Mexicano (1927-1931).

Desde su puesto en la SEP, Sáenz impulsó publicaciones que subrayaban que las actividades físicas contribuían a formar jóvenes sanos, alejados de los vicios, respetuosos de las reglas y alegres. Es decir, equilibrados en mente, cuerpo y espíritu como clamaba el lema de la Asociación Cristiana de Jóvenes. Por su parte, Pruneda impulsó equipos deportivos en la universidad y promovió competencias entre facultades y con universidades de Estados Unidos.²⁹ La influencia de Sáenz y Pruneda se dejó sentir durante el primer festejo deportivo del 20 de noviembre celebrado en 1929 gracias a sus labores recientes y a que Puig Casauranc fungía entonces como jefe del Distrito Federal. Este funcionario, además, era uno de los hombres más cercanos al expresidente Plutarco Elías Calles –quien controlaba en gran medida los hilos de la política nacional– y, como se ha mencionado, se desempeñaba como el secretario de Educación Pública. La inauguración de un centro de cultura física para obreros y la organización de un desfile infantil antialcohólico en aquel año tenía indudablemente un toque del cristianismo muscular que se impulsó en aquellos años y que apelaba a la sana recreación entre los trabajadores. Incluso, la apertura de dicho centro para obreros recuerda la inauguración que el presidente Díaz hiciera del moderno edificio de la YMCA en 1910 durante el Centenario de la Independencia.

Por otro lado, desde principios de siglo miembros del Ejército se habían ocupado por promover las prácticas deportivas y festivas para celebrar momentos heroicos, como la batalla de Puebla del 5 de mayo en la que se venció a los invasores franceses (1862) o bien la celebración de independencia en septiembre. Tales elementos militares lo hicieron primero dentro del mundo castrense y después entre toda la población. A partir de los años veinte destacaron dos figuras: Joaquín Amaro, secretario de Guerra y Marina (1924-1931), y Tirso Hernández, responsable de armar el proyecto de educación física en el renovado Ejército mexicano. Ambos también desarrollaron un paulatino interés en formar parte del Movimiento Olímpico y generaron toda una red de apoyo que era crítica y contraria a Sáenz y a la YMCA por su protestantismo y por considerarlos representantes de intereses estadounidenses. Si bien Amaro tuvo todo el poder para influir en decisiones de política deportiva, fue Hernández quien vislumbró las posibilidades propagandísticas y de proyección internacional que daban las actividades físicas a las naciones. Una estancia en la Escuela Militar de Esgrima y Gimnasia de Joinville en Francia, la más prestigiada de la época, así como su experiencia como observador de los Juegos Olímpicos de Ámsterdam de 1928 fueron fundamentales para que durante la década de 1930 se erigiera como el líder del deporte mexicano. Hernández era admirador del sistema masivo de gimnasia alemán, de los adelantos en cultura física de los soviéticos y observó que, en las naciones europeas líderes de la época, los militares desempeñaban un papel primordial en la expansión de la cultura física entre la población.³⁰ No he encontrado documentos en donde Hernández exprese simpatías políticas fascistas ni comunistas, por tanto, es posible asumir que su admiración estuviese centrada en asuntos de cultura física principalmente. En la primera celebración deportiva del 20 de noviembre de 1929 la influencia de este militar se dio en los festejos ligados al Ejército que incluyeron la inauguración de un centro de tiro, un desfile de carros alegóricos y competencias deportivas.

Más deportes, menos política

En efecto, en 1929 nacieron las celebraciones deportivas del 20 de noviembre, pero los festejos de ese año muestran que aún no había una idea clara del tipo de conmemoración que se buscaba afianzar y que la cristalización de un desfile masivo en el Zócalo fue resultado de ciertas circunstancias que incluyeron tanto aspectos externos como internos. En el contexto internacional debe resaltarse la notoriedad que fueron adquiriendo las demostraciones de cultura física en los regímenes totalitarios de la Alemania nazi y la Unión Soviética; los desfiles deportivos inaugurales en eventos competitivos internacionales; y

la consolidación del deporte como espectáculo y negocio mundial. En el ámbito local, la creciente política de masas impulsada en principio por el PNR y consolidada durante el gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) favoreció la organización de un desfile de dimensiones cada vez mayores del que se apropió el partido oficial.

Como ya se mencionó, en 1929 la celebración del 20 de noviembre tuvo tres ejes principales: la apertura del Centro Deportivo Carranza, la inauguración del Campo Militar Balbuena dedicado para la práctica de tiro, y una manifestación antialcohólica. Quizá, la piedra angular de la celebración la constituyó la inauguración del centro deportivo destinado principalmente a los obreros y donde los actos festivos tuvieron una duración de cuatro días. El hecho de que se resaltara que el nuevo espacio estaba destinado a la clase trabajadora cristalizaba por fin el discurso de las autoridades de ofrecer sana diversión a las fuerzas populares. Hasta entonces, los principales protagonistas de los eventos deportivos habían sido estudiantes o militares y con dicha inauguración se buscó exhibir el “adelanto deportivo alcanzado” por los trabajadores quienes “preferían buscar su mejoramiento moral y material” a “dejarse llevar a centros de vicio.”³¹

Al acto protocolario asistieron los miembros del gabinete del entonces presidente Emilio Portes Gil (1928-1930), diplomáticos y representantes de agrupaciones obreras y campesinas. El discurso central estuvo dedicado a lo que se llamó “la obra integral de la Revolución” y destacar el número de participantes fue parte esencial de la propaganda. El acto principal del centro deportivo fue un número musical: mil alumnos de las escuelas de la capital cantaron el *Corrido agrarista* y después siguieron juegos recreativos, canciones mexicanas, gimnasia calisténica y gimnasia con bastones en las que participaron poco más de mil niños. Hubo una demostración de 500 exploradoras, competencias de tenis, natación, volibol, básquetbol, frontón, exhibición de patinaje, fútbol, y box, así como funciones de cine, teatro y baile en las que tocaron orquestas de jazz del Departamento de Tráfico y la banda de la Policía. Se ofreció también un partido de fútbol americano entre universitarios mexicanos y estadounidenses que contó con una audiencia de cerca de 10,000 espectadores.³²

El Centro Deportivo tenía una superficie de 150,000 metros cuadrados y el número total de asistentes al evento fue de cincuenta mil personas.³³ La construcción de la obra tuvo una duración de ocho meses. El lugar donde se edificó fue definido por la prensa como un “muladar intransitable, centro de acumulación de basuras y zona polvosa de México” que había sido convertido en un “vastísimo jardín lleno de belleza.”³⁴ No era explícitamente un lugar dedicado a deportistas. Era un espacio, según afirmó Puig Casauranc, “para los trabajadores, así sea un director de un banco como un peón de albañil.”³⁵ Sólo se requería para entrar una credencial que acreditara que la persona era trabaja-

dora, y ahí no solo se alentaba el cultivo del cuerpo sino también la “ilustración intelectual,” toda vez que contaba con biblioteca, un cineteatro, un teatro al aire libre con capacidad para 1,600 espectadores y cuyo foro podía albergar a 500 actores. Según la propaganda vertida vía la prensa, sólo los cines del centro de la ciudad superaban al que ofrecía el nuevo Centro Deportivo. Como director del centro se nombró a Enrique C. Aguirre, un hombre de la YMCA, de toda la confianza de Moisés Sáenz, quien se había desempeñado como uno de los organizadores de los Juegos Centroamericanos en 1926, jefe de la delegación mexicana que compitió en los Juegos Olímpicos de Ámsterdam de 1928 y había sido el responsable de la educación física de las escuelas secundarias y de la Universidad Nacional entre 1924 y 1928.³⁶

El nombre del centro rendía honores al hombre que comandó las fuerzas que derrotaron al dictador Victoriano Huerta y que impulsó la Constitución Social de 1917: Centro Social y Deportivo para Trabajadores Venustiano Carranza. En la placa conmemorativa quedó de manifiesto que se le dedicaba el centro al líder constitucionalista como “un merecido homenaje” y con el propósito de que los gobiernos representativos de la Revolución mexicana afirmaran “la justicia y el triunfo de las ideas sociales que la revolución encarnó, así como para unir a la familia revolucionaria.”³⁷ Esta última frase era un llamado a acabar con la lucha de facciones que había continuado durante todo el decenio de 1920 y que en el futuro se convertiría en un lugar común para apelar a la unión política. Entonces, el expresidente Plutarco Elías Calles recién había creado el PNR con el fin de acabar con las pugnas y crear mecanismos de sucesión presidencial pacíficos.³⁸

El discurso de Puig Casauranc se transmitió por radio y fue una convocatoria a la concordia y a la cohesión. Ahí señaló que se vivía una nueva etapa en la que la política debía quedar reducida y había que ahondar en el fondo de la Revolución que era “predominantemente social.”³⁹ Tales palabras eran un abierto apoyo al partido político formado por Calles de quien, como ya se apuntó, era un cercano colaborador. En efecto, el llamado a controlar los impulsos de la lucha política era claro y, por otro lado, se aspiraba a que la conmemoración del inicio de la gesta revolucionaria no sólo quedara en la memoria, sino que fuera una exhibición de civilización local y regional. De acuerdo con la prensa, era el “Centro Deportivo y Social para Trabajadores más grande y mejor que existe en América.”⁴⁰ Una afirmación que devino en obsesión propagandística de los dirigentes mexicanos durante todo el siglo XX, quienes no perdieron oportunidad para sentenciar que lo que se organizaba o edificaba en pro de la cultura física era lo más monumental del continente o de Latinoamérica.

En efecto, las autoridades no sólo aspiraban a exaltar los logros locales, también querían volcar su experiencia en un ejemplo de liderazgo regional. En principio se puede catalogar esta tendencia como una reacción a los exaltados

nacionalismos del período de entreguerras; pero, el tiempo evidenció que era una meta a la que aspiraba la clase gobernante mexicana. La supremacía se realizaba en los detalles: gracias al régimen se había transformado el entorno urbano y deportivo y, según se dijo, fue posible cambiar un camino polvoso en un “moderno boulevard mucho más ancho que el Paseo de la Reforma,” aludiendo a la calle más emblemática de la capital mexicana. El pavimento, aseguraba la prensa, había “dignificado” todo el espacio que rodeaba al nuevo Centro Deportivo Carranza.⁴¹

Era evidente que ese primer año, no había aún una idea clara de cómo debían ser los festejos deportivos del 20 de noviembre y que distintas instituciones se disputaban la notoriedad. En particular, los mayores promotores del deporte desde principios de siglo: las autoridades educativas y el Ejército. Así, los festejos incluyeron también la inauguración del Campo Militar de Balbuena, competencias deportivas con una duración de seis días y demostraciones gimnásticas de 700 obreras que laboraban en los Establecimientos Fabriles Militares. Este lugar, se repetía en la propaganda, era obra del general Joaquín Amaro. Las tribunas contaban con una capacidad para más de 4,000 personas y el *stand* de tiro fue catalogado como “el mejor de cuantos existen en la América Latina y puede compararse con los mejores de Europa y de Estados Unidos.”⁴²

Los miembros del ejército que participaron habían sido también los protagonistas del desfile militar para celebrar la Independencia el 16 de septiembre de 1929. Según sentenciaba la prensa, estaban mostrando que el país contaba con un cuerpo de elementos “disciplinados y bizarros” que avanzaban en su mejoramiento físico y cultural. Por su parte, Tirso Hernández declaraba ser un convencido de que la mejor preparación para la guerra estaba en el cultivo de los deportes. Éstos, afirmó aquel año, daban la disciplina, ayudaban a alejar de vicios y permitían un crecimiento físico y moral. Subrayó que nunca antes se había dado tan especial atención a este rubro que permitía una formación integral y que había ya en todos los destacamentos del Ejército “extraordinaria” afición por los deportes. Lo que la nación atestiguaba, señaló, era cómo aquellos militares que antes habían estado en el campo de batalla ahora se “dedicaban al cultivo del músculo.”⁴³

En el discurso pronunciado en el evento por el coronel José Pacheco Iturrubarría, jefe del tercer regimiento de artillería, se subrayó que el campo deportivo militar era obra de la Revolución Mexicana y no había costado nada a la nación pues “el soldado se había convertido también en un obrero constructor que también reconstruye y edifica.”⁴⁴ Tras las condecoraciones a militares, siguió el desfile de carros alegóricos que simbolizaban los deportes practicados por el Ejército. Según la prensa fue “una nota brillantísima, nunca vista hasta hoy. Jamás, ni en México ni en varios países extranjeros, pudo reunirse un número

tan grande de teams debidamente equipados y vestidos, con uniformes multicolores.” Cuando los atletas pasaban frente al presidente realizaban el saludo olímpico, extendiendo hacia arriba la mano derecha.⁴⁵

La celebración del 20 de noviembre de 1929 tuvo como tercer eje una manifestación infantil antialcohólica organizada por la Dirección de Educación Física de la Secretaría de Educación Pública. En total desfilaron por las calles 12,000 niños que culminaron su recorrido frente al Palacio Nacional, así como más de quinientos niños exploradores que realizaron demostraciones de sus actividades y montaron dos carros alegóricos.⁴⁶ Manifestaciones similares se celebraron tanto en las poblaciones de la capital como en todos los estados del país sumando una participación de millón y medio de infantes.⁴⁷ En el centro de la Ciudad de México, los niños portaron grandes lienzos con leyendas contra el alcoholismo: “Pobre obrero: el pulquero te embrutece con el vicio... ¡Y le entregas tu dinero por tan bárbaro servicio!”, “El hogar del alcohólico, hogar de miseria”, “¿Quién causa todo el mal? El mezcal” y los clavaron en los jardines que entonces tenía la gran plaza. Así en el Zócalo quedó instalada “una verdadera exposición antialcohólica,” según narró la prensa.⁴⁸ Cada uno de los manifestantes llevaba consigo una bandera de color verde, en cuyo centro se encontraba un botellón con un vaso y la leyenda “Agua pura-Guerra al alcohol.” Cuando el reloj de la catedral dio la primera campanada de las doce, apareció en el balcón de Palacio Nacional el presidente Portes Gil, acompañado por el Secretario de Educación, el general Calles.⁴⁹

En resumen, la primera conmemoración deportiva del 20 de noviembre evidenció que en las actividades físicas la élite política había encontrado una forma aparentemente neutral de celebrar el inicio de la gesta revolucionaria. Esto fue posible gracias a que la cultura física no visibilizaba posiciones políticas encontradas sino modernidad y armonía a partir de valores que se habían naturalizado en casi todo el mundo desde los cuerpos en movimiento. Tales valores apelaban al sentido de equipo, la responsabilidad, la valentía, la virilidad y el espíritu de cuerpo. Los festejos, centrados en actividades físicas y en apelar a la recreación racional, mostraba que los jóvenes mexicanos se transformaban, fortalecían su carácter y se alejaban de los vicios. Fueron eventos en los que se desplegó una “gramática” deportiva que, como sostiene Keys, se “naturalizaba” a través de ritos, reglas y movimientos físicos en distintas partes del mundo.⁵⁰

Entonces, las luchas políticas eran intensas y los resultados de las elecciones extraordinarias –dados a conocer dos días antes con el triunfo al candidato del PNR, Pascual Ortiz Rubio–, anunciaban nuevas tormentas. Ubicar a deportistas obreros, militares y niños como protagonistas de festejos múltiples fue una decisión estratégica y propagandísticamente rentable. La revolución no apelaba

más a la lucha, sino a promover el bienestar y la salud del pueblo. En el futuro lo que seguía era perfeccionar la celebración.

“¡Viva México! ¡Viva el presidente de la República! ¡Viva el Partido Nacional Revolucionario!”

Casi un año después de inaugurado el Centro Deportivo Carranza, el 17 de noviembre de 1930, se preguntaba un columnista cuáles habían sido los progresos de los obreros en el ámbito deportivo. Afirmaba que pocas noticias se habían tenido, salvo algunos torneos. En noviembre de 1930 el control del campo deportivo ya no estaba en manos de Enrique Aguirre, el reconocido hombre de la YMCA. Ahora era dirigido por Tirso Hernández, entonces director de Educación Física de la ciudad, y de su hermano Lamberto, jefe del Departamento Central (1930-1931). Ellos organizaron en ese centro deportivo, la víspera del día 20, un desfile en el que participaron deportistas de distintas instituciones. A decir del columnista deportivo, pocos participantes pertenecían al sector de los trabajadores lo que demostraba que nada se había hecho y que “la realidad no corresponde a las esperanzas que abrigábamos.”⁵¹ Puede suponerse que el periodista estaba instruido para alabar a Hernández y denostar a Aguirre cuya influencia en el ámbito deportivo se desplomaba. En la columna se celebraba que en poco tiempo los hermanos Hernández habían logrado grandes cambios.⁵² Este texto, además, mostraba que el Centro Deportivo Carranza ya no sería más el protagonista de los festejos del 20 de noviembre.

En 1930, se anunció con bombo y platillo que se organizarían los Primeros Juegos Deportivos de la Revolución, que tendrían como acto inaugural el desfile deportivo del 20 de noviembre. Como ya se describió al inicio de este artículo, en la víspera del festejo un comité había propuesto que los miles de participantes desfilaran por las calles del centro hasta llegar al Zócalo, en lugar de llegar al Estadio Nacional. Las competencias deportivas estaban siendo organizadas por el PNR y el contingente atlético estaría integrado por un grupo de charros y ciclistas, exploradores, integrantes del Ejército, estudiantes, miembros de clubes deportivos como el Internacional o la YMCA, la liga de fútbol, las federaciones de béisbol, tenis, ciclismo, natación, básquetbol, así como cuerpos deportivos del Departamento Central, la policía, los bomberos, los centros culturales del PNR y grupos de deportistas campesinos de los estados.⁵³

En el vigésimo aniversario de la Revolución Mexicana, la política también debía colocarse entre paréntesis. Según sentenció el entonces presidente, Pascual Ortiz Rubio, las “ya gastadas frases de agitación y violencia” debían “ceder el campo a las de unión y confianza.”⁵⁴ El mandatario envió un comunicado

a todos los estados especificando que el festejo debía ser más brillante que en años anteriores. El triunfo de la Revolución, sentenció, era definitivo y evidente.⁵⁵ Las celebraciones se multiplicaron por todo el país y se distinguieron por privilegiar a la cultura física. En la capital, la Secretaría de Guerra organizó una fiesta hípico-militar en el campo de maniobras de Balbuena, mientras que la SEP llevó a cabo en el Estadio Nacional un festival deportivo en el que participaron miles de niños y se realizó también un Juramento Infantil Antialcohólico que fue recitado por los alumnos de las escuelas primarias oficiales y contestado por el presidente Pascual Ortiz Rubio.⁵⁶

Esta vez los reflectores se centraron en el desfile deportivo que arrancó en la tarde y tuvo como punto de partida las oficinas del PNR ubicadas en la avenida Reforma. Una vez que los cerca de 7,000 participantes llegaron a la gran plaza de la capital, el presidente salió al balcón para decir: “Atletas de la República: ¿Juráis cumplir fielmente las obligaciones que vuestra calidad de competidores aficionados os exigen, y cumplir caballeramente los Reglamentos de los Deportes en que vais a luchar?” Los competidores respondieron “sí juramos” y el mandatario cerró con la frase: “que sea en bien de la patria y el deporte.” El jefe de todo el contingente fue el general Tirso Hernández, quien estaría encargado de coordinar los juegos deportivos.⁵⁷

Un año después, el desfile del 20 de noviembre había crecido a veinte mil deportistas participantes y el PNR consolidó su papel como organizador bajo la batuta de Hernández, quien era ya el encargado de presidir el ala deportiva del partido. Los participantes provenían de distintos estados de la república y con ello, se dijo, se había reunido en un “apretado lazo de unión a todos los mexicanos que rinden culto al músculo en sus múltiples manifestaciones”.⁵⁸ El mensaje presidencial dejó de ser local, pues se escuchó en vivo en todo el país gracias a que fue transmitido por radio y se instaló una red de radiodifusoras que permitió por medio de altoparlantes que las palabras del presidente resonaran en puntos diversos. Desde varios aviones se esparcieron hojas en toda la ciudad invitando al pueblo para que asistiera a los actos. Asimismo, se filmó el evento a fin de hacer propaganda a favor de México en el extranjero y la película también sería proyectada en todos los cines del país. El llamado en 1931 era la cooperación entre todos los “elementos sociales,” en particular, las empresas industriales y las comerciales.⁵⁹

Ese año se sumaron charros oriundos de diversos estados centrales. Asimismo, participaron 1,000 hombres a caballo y un equipo de futbolistas costarricenses que estaban de visita, mientras que hubo demostración de evoluciones aéreas por parte de integrantes de la Aviación Nacional. Los protagonistas fueron descritos como “mozos robustos, en traje de gimnasia” que desfilaban bajo los rayos del sol.⁶⁰ Entonces, el desfile duró dos horas y la SEP aportó el contin-

gente más numeroso con unos siete mil estudiantes. El mensaje del presidente fue un llamado a renovarse y superarse. Se incluyó también la celebración de dos carreras que tuvieron como punto de arranque el estado de Puebla; una fue a pie y la otra, de ciclistas que recorrieron una distancia de 135 kilómetros. y llegaron al Zócalo. La prensa destacó que los ganadores fueron integrantes de los equipos conformados por “deportistas aborígenes.”⁶¹ Así el desfile de 1931 sumó a las comunidades indígenas al imaginario deportivo nacionalista. Tal inclusión era parte de una obsesión que había surgido en los años veinte cuando se impulsó a los tarahumaras como los futuros ganadores de las carreras olímpicas de distancia. Una tendencia que continuó vigente en los treinta aun cuando los miembros de esta comunidad nunca fueron entrenados de manera adecuada ni se destacaron en los juegos olímpicos como se ambicionaba. Tan sólo se les utilizó con fines propagandísticos.⁶²

En 1931, se instruyó a los participantes para que después de que el presidente les tomara juramento contestaran con “tres uniformes y vibrantes ‘Sí’” y lanzaran además “estruendosos ¡Viva México!, ¡Viva el presidente de la República!, ¡Viva el Partido Nacional Revolucionario!”⁶³ De esa manera, el partido en el poder perfeccionaba el arte de organizar un vistoso festejo aparentemente inocuo en el que el mandatario se dirigía a los jóvenes deportistas, protagonistas del evento, y en el que se evaporaban las pugnas políticas gracias a los cuerpos en movimiento. El esquema de organización se había establecido: el PNR se encargaba de la convocatoria y de la logística y las Secretarías de Guerra y de Educación apoyaban y sumaban sus contingentes, seguidos de otras dependencias de gobierno.

A manera de epílogo: la relevancia del deportista común

En el desfile de 1933, los participantes sumaron 30,000 personas e integraban a más contingentes de trabajadores de dependencias de gobierno, así como a jóvenes provenientes de otros estados. Con el paso de los años la duración del evento también sumó horas y empezó a sofisticarse: ya no sólo se pedía a los participantes que marcharan, sino que todos los grupos que tomaran parte debían realizar alguna tabla gimnástica, gritar porras y exhibir algún tipo de destreza física a su paso. En 1938 el Zócalo quedó convertido en un enorme escenario de cultura física en el que la estética deportiva y gimnástica se desplegaba ante los balcones del Palacio Nacional. Entonces, la masividad del desfile –40,000 personas– estaba relacionada con la política corporativista del cardenismo que exaltaba particularmente a los sectores obreros y campesinos. Tuvo una duración de siete horas y fue transmitido por las estaciones oficiales de radio, lo que se

catalogó como un récord de transmisión. Fiel a la propaganda de los gobiernos posrevolucionarios recientes se afirmó que el número de participantes era un hecho sin precedentes en la historia de América.

Evidentemente, este despliegue humano no escapó a los críticos del régimen que cuestionaron particularmente el hecho de que buena parte de los participantes fueran obligados a desfilar. Ante tales señalamientos, los propagandistas gubernamentales defendieron a los contingentes que marchaban y los definieron como auténticos deportistas. Los militares fueron descritos como “defensores de la integridad nacional” que sabían mezclar de manera armónica “el cumplimiento de su deber con el deporte.”⁶⁴ Los obreros, “nervio vital de México,” se definieron como paladines del deporte que en su tiempo libre se dedicaban “con todo ahínco al aprendizaje de los deportes y a sus prácticas.”⁶⁵ Los campesinos, por su parte, sabían “dejar sus instrumentos de labranza para tomar los útiles deportivos,” mientras que los estudiantes habían alcanzado la perfección al practicar ejercicios “verdaderamente científicos de educación física” y los empleados de gobierno formaban ya un núcleo “eminente deportista.”⁶⁶ A pesar de las críticas, era evidente que el desfile era una celebración vistosa y rentable cuyo impacto visual tenía buenos resultados incluso fuera de México. Desde el tercer año de festejos había quedado claro que edificar alguna construcción para celebrar el 20 de noviembre, como ocurrió en 1929, no era una opción sencilla. Las campañas antialcohólicas se lanzaban continuamente y por lo general se prestaban a las críticas y a las burlas y no resultaban eficaces. Los Juegos de la Revolución lanzados en 1930 no lograron sobrevivir y su organización fue intermitente y deficiente, mientras que el desfile deportivo se afianzó como el evento central para recordar el inicio de la Revolución. Éste logró sobrevivir durante el siglo XX a pesar de que tras la Segunda Guerra Mundial el deporte competitivo se consolidó como la manifestación de cultura física más popular en el mundo y la gimnasia de masas perdió notoriedad.

Quizá uno de los aciertos de las clases dirigentes y de la propaganda oficial fue admitir que la esencia deportiva del desfile no radicaba en los sobresalientes que fueran sus integrantes en competencias atléticas, sino en la capacidad que tenían de exhibir en un día las supuestas capacidades físicas que habían adquirido gracias a la práctica de alguna actividad deportiva. Para un régimen que se consolidaba sobre la base de un partido único, la gran valía del festejo revolucionario era que sus participantes mostraban “la fuerza de la unión”; es decir, la conformidad y concordia de los ánimos y voluntades en torno a un proyecto de nación que se definía como revolucionario y que encaminaba a sus pobladores al bienestar como meta futura. En efecto, en el desfile lo que se exhibía era una fraternidad, una identidad y una fuerza, productos de un régimen político nacido de un movimiento armado. A diferencia de las potencias

poderosas de la época que desplegaban similares espectáculos de cultura física, el objetivo final del festejo del 20 de noviembre no era sobresalir en el ámbito competitivo deportivo internacional, como sí era el caso de alemanes, italianos o soviéticos. La aspiración era equiparar la espectacularidad de un desfile deportivo con la solidez del régimen político y su capacidad de transformar desde la cultura física a una población que se caracterizaba como débil físicamente y que padecía una tristeza atávica. Estaba más anclado en la tradición de la plaza hispánica que en el estadio deportivo moderno. De ahí que sin rodeos se afirmara en 1938 que no se buscara exaltar a “campeones más o menos laureados,” sino que se apelaba a un pueblo que “gustoso” vistiera “el traje deportivo.”⁶⁷ Una imagen que inevitablemente recuerda al torero, que en la plaza viste su traje de luces. La contradicción con el deportivismo fundamentado en el logro es evidente, pero es innegable que esta fue una propuesta válida que permitió a México presentarse como un líder regional de cultura física. En última instancia su capacidad organizativa no podía ser puesta en duda y era justo ahí donde se daba un elogioso resultado: en la habilidad de movilizar a las masas y de vestir de deportista al hombre común.

Notas

1. Porfirio Díaz gobernó de manera continua de 1884 a 1911. La primera vez que se erigió como líder de México fue tras sublevarse y triunfar con el Plan de Tuxtepec a finales de 1876. Al año siguiente, luego de las elecciones convocadas en mayo, tomó posesión como presidente constitucional para el período 1877-1880. Su poder se afianzó definitivamente en 1884.
2. Véase, Aurelio de los Reyes, *Con Villa en México. Testimonios cinematográficos norteamericanos en la Revolución* (México: UNAM, Segob, INEHRM, 1992).
3. “La fiesta militar en los campos de Balbuena,” *El Universal*, 20 de noviembre de 1930.
4. “El gran desfile deportivo con el cual se inaugurarán los Juegos de la Revolución,” *El Universal*, 17 de noviembre de 1930.
5. En 1938, el presidente Lázaro Cárdenas cambió el nombre de Partido Nacional Revolucionario por el de Partido de la Revolución Mexicana (PRM). En 1946, el mandatario saliente Manuel Ávila Camacho y el presidente electo Miguel Alemán decidieron darle el apelativo de Partido de la Revolución Institucional (PRI), nombre que conserva hasta la fecha.
6. Aquí sigo a Conrad y Sachsenmaier quienes plantean que entre las décadas de 1880 y 1930 surgieron cuatro tipos de movimientos que se oponían: uno, organizaciones no gubernamentales que promovían un internacionalismo subversivo, movimientos filantrópicos, o demandas específicas como las asociaciones de mujeres. Dos, movimientos nacionalistas que desafiaron el orden internacional. Tres, regionalismos en los que diversos países edificaron unidades geopolíticas con base en criterios políticos, culturales o étnicos y la forma como desafiaron el orden existente ya fuese a partir de nociones anticolonialistas o antioccidentales. Cuatro, resurgimiento de tradicionalismos

- que apelaban a un pasado percibido como valioso y ajeno a las influencias extranjeras y de las potencias. Sebastian Conrad y Dominic Sachsenmaier, "Introduction: Competing Visions of World Order: Global Moments and Movements, 1880s-1930s," en Sebastian Conrad y Dominic Sachsenmaier (eds.), *Competing Visions of World Order. Global Moments and Movements, 1880s-1930s* (New York: Palgrave Macmillan, 2007), pp. 11-12. Para el tema de la fuerza simbólica de los festivales masivos véase George L. Mosse, *The Nationalization of the Masses. Political Symbolism & Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich* (New York: Howard Fertig, 1975)
7. Tanto en Alemania como en Rusia la gimnasia de masas había adquirido mayor notoriedad que el deportivismo anglosajón desde principios del siglo XX. Sin embargo, en la década de 1930, en ambos países se dio un relevante impulso no sólo a los festivales y desfiles, sino también a las actividades deportivas. Para la Alemania nazi las competencias deportivas internacionales fueron un medio utilizado para influenciar la opinión pública en el mundo y probar su superioridad racial desde la victoria en tanto que los soviéticos buscaron romper su aislamiento y aliarse con sus vecinos a través del deporte. James Riordan "The Sports Policy of the Soviet Union, 1917-1941"; Arnd Krüger, "The Role of Sport in German International Politics, 1918-1945"; Angela Teja, "Italian Sport and International Relations under Fascism," todos en Pierre Arnaud and James Riordan, *Sports and International Politics* (London and New York: Routledge, 1998).
 8. Véase S.W. Pope, *Patriotic Games. Sporting Traditions in the American Imagination, 1876-1926* (Knoxville: The University of Tennessee Press, 1997).
 9. Como sostiene Carmagnani, el nacionalismo es un "vector que vincula de manera original el contexto nacional con el internacional" y permitió a América Latina liberar al subcontinente de las tensiones mundiales del período. Gracias al nacionalismo "los países latinoamericanos contrarrestan la agresividad de las viejas y nuevas potencias utilizando los instrumentos culturales occidentales de los que disponen." Marcelo Carmagnani, *El otro Occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización* (México: El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, 2004), p. 277.
 10. Según refiere Fernando Aguayo, a mediados del siglo XIX se buscó embellecer la plaza mayor de la Ciudad de México y se planeó erigir un monumento en su parte central con el fin de rendirle honores a la independencia. Sin embargo, las autoridades únicamente lograron construir la base de la columna del monumento, es decir, el zócalo "y por esta razón se le dio el nombre popular a la plaza." Fernando Aguayo, "Un espacio fotogénico: la plaza mayor de la Ciudad de México (1840-1875)," en Eulalia Ribera Carbó (ed.), *Las plazas mayores mexicanas. De la plaza colonial a la plaza de la república* (México: Instituto Mora, 2014), pp. 180-181.
 11. Ana Laura de la Torre, *Cruzadas Olímpicas en la Ciudad de México. Cultura física, juventud y nacionalismos, 1896-1939* (México: El Colegio de México, 2020), pp. 11-36.
 12. Véase, por ejemplo, Joseph L. Arbena, "Sport Development and Mexican Nationalism, 1920-70," *Journal of Sport History*, 18:3 (1991), pp. 350-364; Thomas Benjamin, *La Revolución Mexicana. Memoria, mito e historia* (México: Taurus, 2005), pp. 149-157; César Federico Macías, *La revolución en carne y hueso. Las prácticas deportivas como evidencia del cambio social en México y Guanajuato 1920-1960* (Guanajuato: Universidad de Guanajuato, 2017), pp. 304-319.
 13. Véase Ana Laura de la Torre, *Cruzadas Olímpicas en la Ciudad de México*, pp. 47-100.
 14. Sus esfuerzos sin embargo tuvieron corta duración, pues el partido quedó disuelto con la derrota de la dictadura de Huerta en 1914. *Ibid.*, pp. 194-200.

15. Ibid, pp. 101-130.
16. Sobre el origen del Estadio Nacional véase: Juan Solís, “El Estadio Nacional: donde la raza se hizo masa,” en *Formando el cuerpo de la nación. El deporte en el México posrevolucionario (1920-1940)* (México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Instituto Nacional de Bellas Artes, Museo Casa Estudio Diego Rivera y Frida Kahlo), pp. 115-137; Ana Laura de la Torre, *Cruzadas Olímpicas en la Ciudad de México*, pp. 240-244.
17. Richard V. McGehee, “The Origins of Olympism in Mexico: The Central American Games of 1926,” *The International Journal of the History of Sport*, 10:3 (1993), pp. 313-332. Véase también César R. Torres, “Completing the Account: The Complex Preparations for the 1926 Central American Games,” *Journal of Olympic Studies*, 1:1 (2020); Ana Laura de la Torre Saavedra, “La invención de los Juegos Centroamericanos: entre la *realpolitik* y la esperanza, 1926-1935,” en prensa.
18. Por ejemplo, el movimiento gimnástico alemán, creado a principios del siglo XIX por Friederich Ludwing Jahn, fusionó sentimientos nacionalistas que exaltaban supuestas virtudes germánicas con una virilidad centrada en ejercicios gimnásticos. Así Jahn dio vida a un movimiento de masas que aportaría elementos de relevante simbolismo a grandes festivales y que incluyeron cantos patrióticos, sermones, desfiles con antorchas y ejercicios que también fueron replicados durante el régimen nazi. Véase George L. Mosse, *The Nationalization of the Masses. Political Symbolism & Mass Movements in Germany from the Napoleonic Wars through the Third Reich* (New York: Howard Fertig, 1975), pp. 73-99.
19. Véanse Roland Barthes, *Del deporte y los hombres* (Barcelona: Paidós, 2008), pp. 17-27; María José Garrido, *Peloteros, aficionados y chambones. Historia del Juego de Pelota de San Camilo y de la educación física en la ciudad de México, 1758-1823* (México: Instituto Mora, 2014); Allen Guttmann, *From Ritual to Record. The Nature of Modern Sports* (New York: Columbia University Press, 2004), p. 29 y Allen Guttmann, *Sports. The First Five Millennia* (Amherst and Boston: University of Massachusetts Press, 2004), pp. 286-288.
20. Juan Pedro Viqueira Albán, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en las ciudades de México durante el Siglo de las Luces* (México: Fondo de Cultura Económica, 1987), pp. 33-52.
21. Eulalia Ribera Carbó, “Prólogo. Un abreviado epílogo de maravillas,” en Eulalia Ribera Carbó (ed.), *Las plazas mayores mexicanas. De la plaza colonial a la plaza de la república* (México: Instituto Mora, 2014), pp. 10-11.
22. Fernando Aguayo, “Un espacio fotogénico,” 175-214.
23. Verónica Zárate Toscano, “Las conmemoraciones septembrinas en la ciudad de México y su entorno en el siglo XIX,” en Verónica Zárate Toscano (ed.), *Políticas, casas y fiestas en el entorno urbano del Distrito Federal. Siglos XVIII-XIX* (México: Instituto Mora, 2005), pp. 129-196.
24. Aquí sigo a Alan Knight quien, al discutir y preguntarse qué fue la Revolución Mexicana, advierte que ésta fue un verdadero movimiento revolucionario toda vez que tuvo tres elementos fundamentales que se interrelacionan, a saber: uno, genuina participación masiva; dos, lucha entre visiones o ideologías rivales; y tres, una batalla consecuyente y seria por la autoridad política. Alan Knight, “La Revolución Mexicana: ¿burguesa, nacionalista o simplemente una ‘gran rebelión’?” en Alan Knight, *Repensar la Revolución Mexicana*, Vol. II (México: El Colegio de México, 2013), pp. 510-518.

25. Barbara J. Keys, *Globalizing Sport. National Rivalry and International Community in the 1930s* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 2006).
26. Véase César R. Torres, "The Latin American 'Olympic Explosion' of the 1920s: Causes and Consequences," *The International Journal of the History of Sport*, 23:7 (2006), pp. 1088-1111.
27. Véase Glenn Avent, "A Popular and Wholesome Resort: Gender, Class and the Young Men's Christian Association in Porfirian Mexico," unpublished M.A. diss., University of British Columbia, 1996 y Ana Laura de la Torre, *Cruzadas Olímpicas en la Ciudad de México*.
28. Ana Laura de la Torre, *Cruzadas Olímpicas en la Ciudad de México*, pp. 223-244.
29. *Ibid.*, pp. 254-269.
30. *Ibid.*, pp. 323-331.
31. Benjamin identifica el evento en el campo militar de Balbuena como el más relevante de los festejos. Sin embargo, se dio también un gran énfasis al festival del Centro Deportivo Carranza donde, incluso, el presidente participó más tiempo y asistieron más personalidades. Thomas Benjamin, *La Revolución Mexicana*, p. 150.
32. "Inauguración del Centro Social y Deportivo para Obreros," *El Universal*, 13 de noviembre de 1929; "Programa de las Fiestas en el Centro Obrero de Balbuena, el Próximo Día Veintiuno" y "Los juegos atléticos que habrá en Balbuena," *El Universal*, 14 de noviembre de 1929.
33. El Deportivo Carranza se edificó en una zona popular ubicada al oriente de la Ciudad de México y que entonces formaba parte de la periferia capitalina. En 1970 esta zona devino en la Delegación Venustiano Carranza, hoy denominada Alcaldía.
34. "La magnitud de las obras llevadas a cabo en Balbuena," *El Universal*, 15 de noviembre de 1929.
35. *Ibid.*
36. "La magnitud de las obras llevadas a cabo en Balbuena," *El Universal*, 15 de noviembre de 1929 y "Un soberbio centro deportivo para los obreros," *El Universal*, 18 de noviembre de 1929. "Los obreros disponen del mejor centro de deportes," *El Universal*, 25 de noviembre de 1929.
37. "Apertura del Centro Deportivo," *El Universal*, 21 de noviembre de 1929.
38. Para una historia del PRI véase Luis Javier Garrido, *El partido de la Revolución institucionalizada. Medio siglo de poder político en México. La formación del nuevo Estado (1928-1945)* (México: SEP, Siglo XXI, 1986).
39. "Apertura del Centro Deportivo," *El Universal*, 21 de noviembre de 1929.
40. "Un soberbio centro deportivo para los obreros," *El Universal*, 18 de noviembre de 1929; "Apertura del Centro Deportivo," *El Universal*, 21 de noviembre de 1929.
41. "Un soberbio centro deportivo para los obreros," *El Universal*, 18 de noviembre de 1929.
42. "Programa de Fiestas de la Inauguración del Campo Militar," *El Universal*, 15 de noviembre de 1929; "Solemne Inauguración del Campo Militar de Balbuena," *El Universal*, 20 de noviembre de 1929.
43. "Con brillantez fue celebrado el aniversario de la Revolución," *El Universal*, 20 de noviembre de 1929.
44. "El Ejército en el campo de Balbuena," *El Universal*, 21 de noviembre de 1929.
45. *Ibid.*
46. "La manifestación antialcohólica," *El Universal*, 20 de noviembre de 1929; "Desfile antialcohólico," *El Universal*, 21 de noviembre de 1929.

47. “Más de un millón de niños en los desfiles antialcohólicos,” *El Universal*, 22 de noviembre de 1929.
48. “Desfile antialcohólico,” *El Universal*, 21 de noviembre de 1929.
49. *Ibid.*
50. Sostiene Keys, en los años treinta cada vez se hizo más evidente que los escenarios deportivos eran espacios en los que se advertían más influencias transnacionales que contextos culturales locales, pues estaban invadidos por un idioma universal, el deporte. Esta gramática era comprendida por las audiencias en los más diversos países y estaba conformada por ceremonias, resultados, reglas de juego, movimientos. Las actividades físicas habían devenido en una forma universal de comunicación. Barbara J. Keys, *Globalizing Sport*, pp. 1-2.
51. Ginesillo, “Los atletas procedentes del elemento popular, progresan,” en *El Universal*, 17 de noviembre de 1930.
52. *Ibid.*
53. “El gran desfile deportivo con el cual se inaugurarán los Juegos de la Revolución,” *El Universal*, 17 de noviembre de 1930.
54. “El triunfo de la Revolución está asegurado,” *El Universal*, 19 de noviembre de 1930.
55. *Ibid.*
56. “El juramento de los niños contra el alcoholismo,” *El Universal*, 6 de noviembre de 1930.
57. “La fiesta militar en los campos de Balbuena,” *El Universal*, 20 de noviembre de 1930; “El más grandioso desfile de atletas,” *El Universal*, 20 de noviembre de 1930.
58. “Millares de atletas desfilaron ayer,” *El Universal*, 21 de noviembre de 1931.
59. “Treinta mil deportistas en el gran desfile,” *El Universal*, 19 de noviembre de 1931; “Millares de atletas desfilaron ayer,” *El Universal*, 21 de noviembre de 1931.
60. *Ibid.*
61. *Ibid.*
62. Véase Mark Dyreson, “The Foot Runners Conquer Mexico and Texas,” *Journal of Sport History*, 31:1 (2004), pp. 1-31; Ana Laura de la Torre, *Cruzadas Olímpicas en la Ciudad de México*, pp. 422-434.
63. “Gran desfile el 20 de noviembre,” *El Universal*, 15 de noviembre de 1931. “Treinta mil deportistas en el Gran Desfile,” *El Universal*, 19 de noviembre de 1931; “Arengó a los atletas el Sr. Presidente de la República,” *El Universal*, 21 de noviembre de 1931; “Millares de atletas desfilaron ayer,” *El Universal*, 21 de noviembre de 1931.
64. “Un año más,” en *Educación física*, noviembre de 1938, año III, no. 23.
65. *Ibid.*
66. *Ibid.*
67. “El desfile,” *Educación Física*, diciembre de 1938, año III, no. 24.